



Angie Ocampo

# Backstage

wattpad**autora**

CROSS  
BOOKS

Angie Ocampo

# Backstage

CROSS  
BOOKS

Este libro contiene temas de adicción a las drogas y al alcohol, abuso físico y psicológico, violencia sexual, depresión y suicidio.

Si tú, o alguien que conoces, no se siente bien y necesita ayuda en relación a su salud mental, en el siguiente enlace podrás encontrar diferentes asociaciones cerca de ti: [consaludmental.org](http://consaludmental.org).

CROSSBOOKS, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
[www.planetadelibrosjuvenil.com](http://www.planetadelibrosjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Angie Ocampo, 2022  
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022  
© Editorial Planeta S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2022  
ISBN: 978-84-08-26254-1  
Depósito legal: B. 12.651-2022  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*I tried to scream,  
but my head was underwater.*

EVERYTHING I WANTED

Billie Eilish

## Chelsea

—Novecientos once, ¿cuál es su emergencia?

Siento los párpados pesados.

—Ella... Ella está... No responde, su pulso es bajo y hay tarros de píldoras vacíos a su alrededor.

¿Mamá? No logro reconocer con exactitud la voz.

—Entiendo, ¿puede verificarme su ubicación?

Suena como alguien hablando por el altavoz de un celular.

—5 Park Lane, Mayfair, *penthouse* tres. Por favor, envíen ayuda rápido.

¿Ayuda? No la necesito.

—Estarán ahí en menos de dos minutos.

¿Quiénes?

No puedo moverme...

—¡No puedo esperar dos minutos! ¡Es Chelsea Cox!

No soy nadie y no debería estar solo inconsciente. Siempre haciendo todo mal...

—Tranquila, ¿cuál es su nombre?

—Amanda, Amanda Cox, soy su madre.

Que no le crea.

—Amanda, su hija estará bien. La ayuda acaba de cruzar el *lobby* del hotel, van subiendo.

¡Que no necesito ayuda!

—Maldita sea, Chelsea, ¿por qué hiciste esto?

Aquí la pregunta sería... ¿por qué no hacerlo? Había tardado.

—Amanda, ¿ya están ahí?

¡No me toquen! ¡No necesito ayuda!

*Espero que sea tarde.*

—Sí... —dice, y un estruendo se escucha al fondo—. ¡¿Qué le hacen?! ¡No!

Siento algo frío en el pecho y después de eso...

Nada.

## 2

*This isn't happening.  
I'm not here.*

HOW TO DISAPPEAR COMPLETELY  
Radiohead

### Chelsea

#### Los Ángeles, Estados Unidos Un mes después...

El sonido de la cortina al correrse me despierta, y cuando decido abrir los ojos, la luz del día me ataca.

—¡Levántate! —dice y jala el edredón que cubre mi cuerpo hasta tirarlo al piso—. ¡La entrevista es en una hora, Chelsea!

Arrugo el ceño para minimizar el sufrimiento que me causan sus gritos. Intento sentarme en la cama, pero no puedo debido al mareo y las náuseas, sin duda efectos del alcohol y otras drogas de la noche pasada.

—¿Por qué no llevo ropa? —susurro cuando noto que solo llevo calzones.

—Si no lo sabes tú, en mí tampoco encontrarás respuesta. ¿Dónde estabas anoche? ¿Qué pasó con tu celular? Habíamos quedado en que siempre responderías —sigue hablando mientras la habitación continúa dando vueltas.

*No recuerdo una mierda.*

Varios golpes desesperados se oyen en la puerta. Amanda sale corriendo para abrir y deja entrar a más de diez personas.

—¡Es tarde! ¡Muy tarde! —dice Fabrik adentrándose en la habitación—. ¡Oh, mierda! —Su rostro se tiñe de terror cuando se percata de mi estado.

Sigo sintiéndome como en un carrusel que gira a toda velocidad. Quiero vomitar. Y lo hago. Sobre la alfombra cara del hotel. Frente a mi equipo de estilistas y de publicidad. Frente a la intensa mujer que tengo por madre. Todo lo que me sale en reversa del estómago es azul, azul eléctrico.

—¿Estás bien? —pregunta Fabrik—. No puede faltar. Amanda, ella no puede faltar. —Suenan cada vez más desesperado.

—Estoy bien —digo. Debo esforzarme para hablar porque no siento la lengua—. Solo necesito darme una ducha.

Me levanto y camino hasta el baño. Me sostengo de los muebles para no caer. Cierro la puerta cuando estoy adentro y descanso la espalda en ella. Respiro hondo y trago duro cuando siento subir un nudo por la garganta. En cualquier momento voy a vomitar otra vez. Me llevo las manos al cabello. Está grasoso, enredado y huele a tabaco. ¿Qué mierda hice anoche?

—¡No tardes! —gritan desde afuera.

Voy directo hasta el espejo para escudriñar mi rostro, pero las lágrimas que antes no había sentido son lo primero que llama mi atención. Detallo el maquillaje corrido, las pestañas falsas que se aferran a los restos de pegamento en mis párpados. Los labios rojos, pero no gracias al labial. Los tengo lastimados, me arden y mucho. Estoy lejos de lucir bien. Ahora es cuando entiendo sus expresiones y comentarios.

Soy un desastre.

Busco dentro de los gabinetes lo que guardé la noche anterior. Tomo la bolsita, riego, trazo y aspiro. Todo en modo automático. Como si fuera parte de mi *skin care*. Vuelvo a fijarme en mi reflejo,

todo luce igual que hace unos segundos, lo único que hay de más es la evidencia mi adicción. Me quito con prisa el pedazo de tela que llevo encima y entro en la ducha. Mientras cae el agua helada, siento cómo el característico sabor amargo empieza a bajarme por la garganta. Aunque sea desagradable, no dejo de ansiar el efecto que produce. Voy a sentirme bien dentro de un rato. Eso espero y eso quiero.

—¡Chelsea! —Tocan la puerta con desesperación. Doy un salto—. ¡Tarde! ¡Es tarde!

Abro la boca para beber agua y pasar el sabor amargo. Me lavo el cuerpo, el cabello y al salir me envuelvo en una toalla. Abro la puerta y me recibe el andar apresurado que llevan las personas aquí dentro. La cama está cubierta de ropa y maquillaje de la marca con la que tengo un contrato de imagen. En nada ya he dejado de sentirme tan desorientada. No debería volver a tomar alcohol jamás. Lo detesto.

—Al fin —dice Fabrik apareciendo frente a mí—. Georgia, haz un milagro con esto —agrega, y me toca el cabello—. Y esto —dice y señala mi cara.

—Sí, señor.

—Tráiganme algo de comer, por favor —pido.

Georgia me toma del brazo y me dirige hasta una silla reclinable que antes no estaba aquí. Mi rostro se convierte en su lienzo y cierro los ojos para dejarme colorear la palidez. Me jalen y secan el cabello para luego llenarme la cabeza con extensiones de pelo natural que seguramente cuestan una millonada y que voy a desechar en cuanto pueda. Alisan, rizan y, en menos de veinte minutos, y gracias al trabajo de cinco pares de manos, estoy lista. Engullo un sándwich a la velocidad de la luz. Me desnudo ante todos y me pongo la ropa con ayuda de los estilistas.

—¡Oh! ¡Un milagro! —exclama Fabrik cuando me ve.

Voy hasta el gran espejo al fondo de la *suite* para echarme un vistazo antes de salir. En mi rostro no ha quedado ni una sola señal de lo que fue la noche anterior, ni de las lágrimas que he derramado ahí dentro. Hoy debo usar un vestido blanco ajustado y sencillo, que es lo más

decente que he usado este último mes. Qué conveniente, la ropa que eligen para este tipo entrevistas, en las que debo quedar bien y aumentar mi popularidad, es muy distinta a la que diseñan para mis conciertos. Aquí prima mi sonrisa amable, mientras que en el escenario deben sobresalir mis pechos. En realidad, el problema no es la ropa, es solo que me gustaría que fuera una decisión mía. No siempre me siento cómoda con ropa que a duras penas me cubre la mitad del cuerpo.

—La rinodelación y la bichectomía son lo que se están haciendo la mayoría de las celebridades hoy en día. Un levantamiento de cejas también potenciaría tu mirada —comenta Georgia a mi lado, mientras toca mi rostro y me enseña en el espejo cómo podría verme si aceptara todas sus *sugerencias*.

—Se vería increíble —agrega Fabrik.

Me vería estirada.

—Lo pensaré —digo ofreciendo una sonrisa.

Los esquivo para salir por la puerta hacia el ascensor, pero antes tomo mi celular. Busco su nombre entre los contactos y deslizo hacia un lado para llamar. «Buzón de mensajes...», responde el contestador automático.

—Hola, Matthew... Yo... —carraspeo—. No recuerdo nada. Si algo pasó, déjame saberlo para estar un poco más tranquila. Te veo luego. Un beso.

Debe estar igual o peor que yo, aunque si está aún dormido, lo envidio. Quiero volver a mi cama, vomitar de nuevo, llorar y no hacer absolutamente nada, y, por qué no, tomarme algo que me relaje. No me gusta esta falsa energía que me da la cocaína mientras mi cuerpo grita que le dé un descanso. Nunca escucho; hay otra voz más fuerte y hambrienta que debo alimentar.

No sé qué pasó anoche, recuerdo muchas caras, pero no logro identificarlas. Solo la de Matthew. Solo él y nadie más, sigue siendo mi único *amigo* en este medio. Aunque a veces es incómodo estar todo el tiempo junto a él. Llego a odiarlo cuando consume de más o mezcla sustancias.

Al salir del ascensor, en el *lobby* me reciben una docena de guardaespaldas tan altos como jugadores de la NBA. Forman un círculo de seguridad a mi alrededor y empiezo a caminar a su ritmo hasta la salida, donde hay parqueadas tres camionetas blindadas de último modelo. Abordo la de la mitad y cuando me siento dejo salir todo el aire retenido. Me arde el cuero cabelludo y me pesan la cabeza y las innumerables capas de maquillaje.

—Buen día —saluda el conductor.

—Buen día.

Soy la única que le responde.

A un lado está Amanda, mi madre, y al otro tengo a Alicia, mi *mánager*, haciendo mala cara y hablando acaloradamente por teléfono con quién sabe quién.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Amanda. No sé qué está haciendo aquí. Dijo que no volvería hasta dentro de unos días. Estaba respirando mejor sin ella cerca.

—Estoy bien. —Le sonrío.

La cocaína parece haberse llevado cualquier rastro de ebriedad, pero aún puedo escuchar cómo mi cuerpo pide ayuda de mil maneras diferentes. Estar tan sedada hace que no pueda ni reconocermé bajo mi propia piel. He olvidado un millón de cosas, entre ellas lo que se siente estar sobria y estática, porque mi mundo nunca se detiene. Pero no soy tan resistente, necesito algunas ayudas para soportarlo. Tengo una agenda planeada para los tres siguientes años y no se me permite parar.

Bajo del auto cuando me dan la señal de que hemos llegado a algún estudio de televisión en Hollywood. Me conducen hasta el set y otras personas se vuelven a ocupar de mi cara y mi cabello, pese a ya estar maquillada. El *camerino* se abastece de personal que nunca había visto. Mi *mánager* cuelga el teléfono cuando entra y se planta frente a mí. Detrás de ella logro ver a Amanda.

—Sin errores, Chelsea. Hay que volver al juego después de tu ausencia del mes pasado, y esta entrevista nos ayudará. No seas gro-

sera. Sé linda, amable, graciosa y trata de cambiar esa cara de mal gusto que tienes —dice mientras me eleva las comisuras de la boca con los dedos—. Agradece que eres bonita. Elena te preguntará lo básico, pero acordamos que darás muchos detalles de tu relación con Matthew y sobre el nuevo álbum para desviar la atención de lo que pasó.

Asiento.

—¿Algo más? —inquiero.

—No —responde mientras escribe en su celular—. Hablaremos de anoche cuando termines. Estás rompiendo las reglas y no queremos que la disquera se dé cuenta. Querrán que vuelvas a rehabilitación y no podemos permitirnos eso.

—Entiendo —digo y me siento recta para mirarme en el espejo. Me detallo el maquillaje: sin él, todo el país podría darse cuenta de que algo anda mal y esa no es la idea.

La oigo exhalar ruidosamente.

—Linda y nada grosera, recuerda. —Me señala saliendo de la habitación.

Continúo respirando lento. Tal vez necesito un poco más de cocaína. Mis manos no dejan de temblar y no quiero que nadie afuera se percate. Las cierro en puños con fuerza. De reojo veo a Amanda llegar a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto inclinándome hacia atrás para que la maquilladora repase el color de mis labios. El producto huele a vainilla e inmediatamente pienso en *croissants*, pero no me molestaré en pedirlos, porque sé que me los negarán y no creo que mi estómago pueda soportarlos.

—Quería cerciorarme de que estabas bien. La próxima semana...

—Estoy bien. —Le sonrío, y la maquilladora me mira mal.

—¡Entraremos al aire en dos minutos! —grita un hombre con una diadema desde el umbral de la puerta—. Señorita Cox, la acompaño —me dice y extiende su brazo.

Dejo que me guíe entre tantos que van y vienen. Las brillantes e intensas luces del set me obligan a entrecerrar los ojos. Elena ya se

encuentra sentada haciendo su típica introducción, para luego empezar a hablar sobre mí. Esto será rápido. El hombre me indica que debo entrar. Me limpio las palmas sudorosas en la ropa. Lleno mis pulmones de aire y pongo mi mejor —y más falsa— sonrisa. Es la primera entrevista que daré después de haber estado en el hospital y lo que vi en redes es que mis fans están preocupadas. Espero que con esto puedan saber que estoy bien, o que al menos lo intento. Doy unos pasos con bastante cuidado para evitar tropezarme; estos tacones no fueron hechos para caminar más de diez pasos. Los asistentes en el set me reciben con aplausos y Elena se levanta para saludarme. Con suerte no estropearé algo tan simple como decir «hola», dar un abrazo o un apretón de manos.

—Qué alegría tenerte aquí, Chelsea —Elena me saluda, para luego invitarme a tomar asiento—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que viniste. ¿Recuerdas? Cantaste una de tus primeras canciones.

Me siento con cuidado.

—Gracias por la invitación, Elena. Sí, ha pasado mucho tiempo desde que canté ahí... —Señalo el escenario—. Después de eso lo he hecho en cientos de lugares —finalizo con una sonrisa, y esta sí es genuina. Pensar en mis espectáculos es algo que definitivamente me alimenta el alma.

—¡Lo sé! Lo has hecho increíble. Estuviste genial en el Super Bowl, quería decírtelo hace mucho. Tu actuación estuvo de otro planeta... —El público aplaude y les sonrío aún más. Digo *gracias* con los labios—. Y... te vi en los Grammy hace dos meses con tu nueva canción. —Una gran foto mía se refleja en la pantalla detrás de nosotras; giro la cara levemente para verla. Estoy cantando sobre el escenario con los ojos cerrados. Elena señala la imagen—. Te veías hermosa y tu voz ese día me partió el corazón, fue... inspirador. Siempre es inspirador escucharte y verte cantar.

Más aplausos. Respiro hondo sin dejar de sonreír. Ese día fue un ir y venir de emociones, recordarlo me remueve algo en el interior.

Ese día, en algún momento estuve en la cima, disfruté y brillé, pero cuando volví a la soledad de mi habitación, caí en la oscuridad.

Siempre ha sido así: el silencio se apodera de mí cuando termino de agradecer y se apagan las luces del escenario.

—Has pasado por mucho, Chelsea. Te admiro y me encanta la persona que eres. Me fascinará escucharte hablar de lo que tú deseas, pero primero quiero empezar con algo, quiero que nos cuentes sobre lo que has tenido que pasar para hoy estar aquí. Lo que has tenido que pasar para ser la gran Chelsea Cox.

*Mierda.*

Llegó la hora de mentir y de citar lo que me indicaron que dijera. Respiro hondo e intento no jugar con las manos: se notará que estoy nerviosa. Ella habla demasiado rápido e intento seguir sus palabras, pero me cuesta, me siento ida.

—Quiero que me cuentes un poco de algo que pasó hace un mes. Fuiste muy valiente al querer venir aquí a contarles a tus fans lo que sucedió. Sé que has estado grave de salud, pero me encanta que ahora estés mucho mejor... ¡Se te nota! —Sonríe y mira hacia el público—. ¿Verdad que se le nota?

Las personas vuelven a aplaudir. Gritan algunas palabras que ojalá pudiera retener, pero no puedo.

—Gracias —digo de nuevo. Ya me sabe a nada la palabra de tanto repetirla desde que llegué. El silencio vuelve—. Gracias, Elena. Gracias a todos. —Sonrío y me remuevo un poco en la silla. Respiro y respiro, que no se me olvide respirar—. Hace un mes sufrí una enorme crisis de ansiedad. El trabajo acumulado y la próxima gira han afectado un poco mi salud mental...

—Es importante cuidarla —comenta.

—Sí, pero yo lo olvidé y pensé que todo estaba bien, que solo estaba cansada.

—Es algo que hacemos todos, no te culpes. —Se inclina hacia adelante—. Y esto fue lo que te llevó a excederte un poco con sustancias.

—Sí —respondo y trago duro. No es algo nuevo, no es algo que no se haya escuchado ni visto en fotografías en revistas y portales web de chismes, pero hoy, por primera vez en toda mi vida, estoy aceptando que me excedí, y según mi equipo de publicidad, revelar esto era necesario. Solo que la condición o, mejor dicho, la orden es que esta sea la última vez que se habla de este tema—. Hubo situaciones que me llevaron a tomar las decisiones incorrectas, pero después del exceso de ese día... —me han hecho llamarlo exceso y no *sobredosis*— busqué ayuda y ahora estoy mejor, con infinitas ganas de continuar con mi música y llevarla a todos los rincones del mundo.

Es momento de que cambie el tema. Ya no quiero hablar más sobre eso. Siento el corazón latir con más fuerza.

—¡Me alegra tanto escucharte hablar así! Nos tenías bastante preocupados. Espero que ahora todo esté marchando mejor con tu salud. Cambiando de tema, ¿qué tal ha sido el apoyo de Matthew? Espero que te haya acompañado en todo esto. Me encanta la relación que tienen.

—Lo sé, ya me lo has dicho antes. —Sonrío. Me seco las manos en el vestido. Traigo a mi cabeza todo lo que tengo que decir sobre él—. Matthew tenía muchos compromisos en ese momento y, aunque él lo añoraba, no pudo estar presente, pero ahora sí lo está y vamos a trabajar juntos en la gira.

—Tener un novio que se mueve en el mismo medio musical debe ser un poco complicado, pero me alegra lo de la gira. Tengo entendido que su banda abrirá tus conciertos.

—¡Sí! Todas mis fans los aman —digo emocionada.

—No dudo que esta gira vaya a ser algo histórico —comenta—. Ahora hablemos sobre tu nuevo sencillo, aunque continuaremos nombrando a Matthew porque nos han llegado rumores de que la canción está inspirada en él.

Inspirada en él y en mí, porque yo no la escribí. Hace dos años que dejé de escribir cuando mi productor dijo que mis letras no eran nada comerciales y aburrirían a la gente.

—Sí, Matthew es una persona muy importante para mí y decidí tomar todos esos sentimientos y ponerlos en una canción con la que mis fans enamoradas puedan identificarse.

—Y nos encanta. ¡Nos encanta! —La pantalla vuelve a llenarse con una lista de canciones—. ¡Número uno en el Top Billboard durante semanas!

Más y más aplausos. Más y más sonrisas de mi parte. Respiro, que no se me olvide.

La canción es increíble, pero yo no la siento; la actúo, pero no la siento. No me pasa con las otras, pero esta en especial, que es sobre Matthew, me causa un vacío en el estómago. Son sentimientos muy bonitos para alguien que últimamente solo me ha hecho daño.

—Gracias —repito una vez más.

La entrevista continúa con más estupideces sobre el amor y mi relación con Matthew Reigen. En ningún momento dejo de sonreír y poco a poco voy sintiendo cómo los efectos de la cocaína desaparecen. Una sed mortal se me instala en la garganta y cojo el vaso de agua que tengo al frente para beber con elegancia. Mi corazón ha empezado a latir más rápido y siento cómo sube la temperatura a mi alrededor, o tal vez solo estoy sufriendo los efectos adversos de haber esnifado. Tengo calor y siento cómo la frente se me llena de gotas de sudor. Unos minutos más y todo terminará. Respondo las últimas preguntas. No acepté cantar hoy, no podría, estoy a punto de vomitar otra vez. El programa termina y gritan «¡corte!». Elena trata de felicitarme y abrazarme, pero debo correr al primer baño que encuentre.

—¡Un baño! —pido al llegar detrás del set.

—Acompáñeme, es por aquí. —Me guía una mujer que no conozco.

Unos cuantos pasos más hasta que llego a un pequeño sanitario y devuelvo el sándwich que comí hace unas horas. Ya no hay más líquido azul y me calmo cuando he terminado. Me limpio la boca con agua y, cuando salgo, encuentro a Alicia y a Amanda enfadadas.

—¿En qué estabas pensando al beber tanto? Solo Dios sabrá qué más ingeriste —comenta Amanda.

Paso por su lado, empujándolo.

—Chelsea, estás advertida. Si vuelves a cometer otra maldita falta, solo una más, tendremos que enviarte a...

—¡Basta! —Me giro para encararlas—. ¡Me tienen harta!

De la nada, mi madre estrella la palma de su mano contra mi mejilla. La piel me arde de inmediato y quedo mirando hacia el otro lado. Respiro, no puedo olvidar hacerlo. Me recompongo y al verla de nuevo siento odio del más puro. Sin pronunciar nada más, vuelvo a tomar mi camino hasta la salida de este maldito laberinto. No quiero saber nada, no quiero hablar con nadie.

*Quiero... Quiero no ser.*

Tomo mi celular y marco uno de los tantos números guardados. Aunque este es especial, porque lo tengo como favorito.

—¿Randall? —pregunto cuando contesta.

—Ce Hache —dice a modo de saludo. La última vez que escuché su voz fue hace dos meses, pero para mí ha pasado una eternidad.

—¿Cómo estás?

—Feliz de escucharte, princesa del pop.

—Estoy aquí. En Los Ángeles.

—Y con cada frase me haces más feliz. ¿Nos vemos?

—Sí, por supuesto —respondo sin pensar en lo que debo hacer después. No olvido que la disquera me ha puesto condiciones, pero ver a Randall es mucho más importante ahora. No hay otro lugar donde quiera estar más que con él, riéndome de sus chistes malos. Respiro hondo y de nuevo hablo—: También necesito algo...

—Para ti siempre habrá lo que quieras.

—Perfecto. Nos vemos donde ya sabes en una hora.

Cuelgo el teléfono y veo uno de mis autos estacionado afuera del enorme set. Me subo. Detrás de mí venía uno de los guardaespaldas y me da tranquilidad cuando no veo a Amanda ni a Alicia por ningún lado. Deben estar explicando lo que acaba de pasar.

—Sácame de aquí, por favor —le pido al hombre.

—Señorita Cox, tengo órdenes de...

—Te daré mil dólares —ofrezco, sin saber de dónde los sacaré. He dejado mi bolso adentro, solo tengo conmigo el celular.

El hombre me mira dudoso, le alzo una ceja y procede a asentir con la cabeza y pone el auto en marcha.

Randall es un amigo, tal vez el único, que tengo aquí en Los Ángeles y en mi vida. Nos conocemos desde la secundaria. En ese entonces vivíamos en Londres y después de clases nos escapábamos para ir al London Eye, subir a una cabina y fumar mientras admirábamos la ciudad, pero un día se mudó aquí y nuestro lugar ya no es el London Eye, sino un cerro cerca de la playa.